en un accidente de tráfico. Por un momento piensa que va a ser ministro... pero no es así. Su nuevo despacho es el del delegado del Gobierno en Telefónica: un meandro breve en su carrera porque antes de que pase medio año Fernández Miranda lo colocará al frente del Ministerio que había ocupado Herrero Tejedor. Franco ha sido enterrado bajo una enorme losa en el valle de los Caídos y él está ya cerca de la cumbre.

Ministro, al fin

Durante el primer semestre de 1976 su actividad es frenética. Cada día habla con Fernández Miranda, convencido de que éste tiene las claves de la sucesión de un Arias Navarro perdido en su propio laberinto. Y despacha con frecuencia con el Rey. A finales de primavera, poco antes de presentar ante las Cortes el proyecto de ley de Asociación Política, asiste a una reunión de banqueros en casa de Ignacio Coca. En una larga exposición les cuenta su visión del futuro en España. Los presidentes de las mayores entidades financieras del país regresan a sus hogares de madrugada, impresionados por lo que han escuchado. Nunca habían oído a nadie con tal poder de seducción. La leyenda del 'encantador de serpientes', como lo bautizó Alfonso Guerra en lo que solo cabe entender como un inmenso elogio, había comenzado.

Días después, ante los dinosaurios del régimen, pronuncia una de sus frases históricas: «Vamos a elevar a la categoría política de normal lo que en la calle es normal». Un mes más tarde sería elegido presidente del Gobierno por el Rey en medio de la decepción general. La prueba de que nadie esperaba nada de él es el título del artículo con que Ricardo de la Cierva, destajista de la Historia que luego recorrerá un sinuoso camino hasta la derecha más recalcitrante, analiza el nombramiento: '¡Qué error! ¡Qué inmenso error!'

A partir de ese momento, Suárez sabrá lo que es presión. De entrada, la Bolsa reacciona a su nombramiento con un acusado descenso. Días después, los Grapo se presentan con un reguero de bombas. Al fondo, los jefes militares nombrados por Franco otean el horizonte con preocupación. Pronto empezará el ruido de sables que se escucha durante sus cuatro años y medio de mandato. Siempre protegido por un Fernández Miranda que maniobra con sutileza en la sombra, Suárez desata en cuatro meses lo que algunos creían atado y bien atado. En noviembre, las Cortes franquistas firman su defunción. El presidente del Gobierno mira al hemiciclo con una amplia sonrisa que inmortalizan los fotógrafos y la televisión. Parece como si no acabara de creerse la aplastante mayoría obtenida por su proyecto de reforma. Un mes después, el abrumador 'sí' en el referéndum le hace pensar que puede prescindir de Fernández Miranda. Empieza lo que luego se ha dado en llamar el 'síndrome de la Moncloa'; es decir, la tendencia al aislamiento, a no dejarse aconsejar, que parece aquejar a los inquilinos de la sede de Presidencia en cuanto llevan un tiempo instalados allí.

Primeros contactos

El triunfo se tiñe pronto de amargura. Suárez vive con desesperación el 'enero negro' de 1977: secuestros de Oriol y el general Villaescusa, dos jóvenes muertos en manifestaciones en apenas 24 horas, los cinco laboralistas de Atocha asesinados... Incluso dentro de su equipo surgen los problemas. El gabinete se lo había preparado Alfonso Osorio y fue acogido con displicencia. «Un Gobierno de 'penenes'», decían los periódicos más críticos. Penenes, pero revoltosos. Siguiendo la tradición, los ministros procedentes de la Democracia Cristiana no paraban de enredar, y los altos cargos militares, impuestos por los restos del aparato franquista, vigilaban de forma permanente.

Por eso aprovechó Suárez aquella Semana Santa de 1977 para legalizar el Partido Comunista. Lo anunció el sábado, con medio país de vacaciones y a solo dos meses de las elecciones. Fue un día de vértigo. En el último minuto, aún pidió la nota para revisarla una vez más y cambiar alguna frase, pero acababa de enviarse por fax a la prensa. «Mejor así –dijo–. Ya no tiene vuelta atrás».

Las semanas previas a las elecciones fueron muy intensas. Suárez sabía que el PCE, pese a su prestigio por su lucha en la clandestinidad, no era enemigo en las urnas. El rival verdadero se llamaba Felipe González y llegaba bendecido por Willy Brandt. Así que no dudó en poner en marcha una maniobra digna de Maquiavelo: ayudó al PSP de Tierno Galván con objeto de restar votos al PSOE. Y horas antes de que se abrieran las urnas apareció en televisión. En apenas unos minutos, ganó las elecciones si es que aún no lo había hecho. Los españoles no conocían a un político que mirara a la cámara con la convicción con la que él lo hacía, que sonriera de esa manera, que se creyera lo que estaba diciendo. Algunas de las frases incluidas en sus discursos televisivos de finales de los setenta están aún en la memoria de todos, en especial aquel «puedo prometer y prometo», una redundancia que consiguió convertir en marca de la casa.

Luego llegó la elaboración de la Constitución, la consolidación de un partido que se había sacado de la chistera semanas antes de las elecciones y la lucha contra la crisis económica. De aquellos años son imágenes inolvidables, aún en blanco y negro, de políticos de todo el mundo entrando y saliendo de la sede de Presidencia, siempre acompañados por un Suárez risueño. Hay una muy especial, en la que está abrazando con una amplia sonrisa a Yasir Arafat, ataviado con su inevitable kufía y la pistola colgando del cinturón.

Lo que más quebraderos de cabeza le dio, paradójicamente, fue el partido. Cuando se aprobó la Constitución, podía haberse sometido a una cuestión de confianza y seguir hasta agotar la legislatura, pero prefirió convocar elecciones porque pensaba que así podría limpiar la UCD. No lo consiguió y desde el momento mismo de su segunda victoria electoral vivió un verdadero suplicio. Los barones conspiraban continuamente y llegaron a plantearle un ultimátum. Mientras, el ruido de sables era ya insoportable, y aunque la operación Galaxia no pasó de una conspiración de opereta los periódicos no paraban de hablar de maquinaciones en la sombra.

Despedida

Si en el Ejército había ruido de sables, en el seno de la UCD se oía un verdadero estrépito de cuchillos. Tanto que Suárez comienza a pensar en dimitir. Se convoca el segundo congreso del partido en Palma de Mallorca para los días 27 y 28 de enero de 1981, pero debe ser aplazado por una huelga de controladores aéreos. Es el golpe de gracia. Ese mismo día anuncia a sus más próximos que lo deja. Y comienza a escribir el discurso con el que se dirigirá al país, y del que añade y retira en varias ocasiones una frase que finalmente pronuncia ante la cámara con gesto serio y una mirada triste subrayada por unas profundas ojeras: «Yo no quiero que el sistema democrático de convivencia sea, una vez más, un paréntesis en la Historia de España».

Fue casi una premonición porque, en la votación de su sucesor, Tejero entró en el Congreso pistola en mano. Una humillación al Parlamento, que dejó una imagen impagable: la del presidente a unos minutos de dejar de serlo negándose a agacharse y saliendo incluso a defender a su ministro de Defensa, Gutiérrez Mellado, cuando un guardia trató de tirarlo al suelo. Durante esa larga noche, Suárez pensó muchas cosas. Incluso en seguir como presidente porque él no temía a los militares. Pero pronto se apercibió de que el procedimiento no lo permitía.

Su dimisión no bastó para tranquilizar a los barones. Suárez presenció en las semanas siguientes cómo varios de ellos se aprestaban a la demolición de su figura. O trataban de distanciarse. Le dolió especialmente la actitud de Calvo Sotelo, elegido –y él debía saberlo– para entregar el poder a los socialistas pero que trató de desvincularse de inmediato del anterior presidente.

Se equivocó con Calvo Sotelo como se equivocó respecto de su propio poder. En el verano de 1982, después de haber sufrido verdaderas hu-

SU LEGADO LEGISLATIVO

▶ **Ley para la Reforma Política.** Aprobada el 18 de noviembre de 1976 por las Cortes Generales y sometida a referéndum el 15 de diciembre, con una participación del 77% del censo y un 80% de votos a favor. Fue el instrumento que hizo posible el inicio de la Transición en sus aspectos legales.

▶ **Reforma fiscal.** Obra de Enrique Fuentes Quintana, vicepresidente del Gobierno de Suárez, la reforma de 1977 puso en marcha un sistema fiscal moderno, que obligaba a pagar el Impuesto sobre la Renta de forma progresiva a buena parte de los españoles y permitía notables ingresos para la actuación del Estado.

▶ **Constitución.** El texto fue aprobado por el Congreso y el Senado el 31 de octubre de 1978. Sometido a referéndum, fue ratificado el día 6 de diciembre de ese mismo año con el 87% de los votos a favor.

▶ **Estatuto del País Vasco.** La comisión encargada de su redacción lo elaboró a gran velocidad para que fuera el primero en entrar en las Cortes. El texto final fue aprobado en referéndum el 25 de octubre de 1979 con un 90,3% de votos afirmativos.

▶ **Estatuto de Cataluña.** Se había empezado a elaborar tras la instauración de la democracia. Conocido como Estatut de Sau, por el lugar donde se redactó, fue aprobado en referéndum el 25 de octubre de 1979.

▶ **Estatuto de los Trabajadores** Aprobado en 1980, supone la homologación del modelo de relaciones laborales con el entorno europeo. Es la consagración de los derechos de los trabajadores, incluida la huelga, y la autonomía de las partes en la negociación colectiva.

En Jerez, durante una visita electoral. :: EFE

Suárez, entrevistado en Televisión Española. :: EFE

Con su hija Sonsoles. :: EFE

Con su hija Mariam y su esposa. :: EFE